

LA IDENTIDAD SEXUAL Y SUS REDES DE APOYO: FAMILIA Y ÁMBITO UNIVERSITARIO

Sexual Identity and its Support Networks: Family and the University Environment

Fernanda Mayela Alanís Armendáriz

Universidad Autónoma de Nuevo León
<https://orcid.org/0009-0000-7089-5004>

Sandra Rubí Amador Corral

Universidad Autónoma de Nuevo León
<https://orcid.org/0000-0002-4814-6071>

Recibido: 10/01/2026 | Aceptado: 18/05/2026

Cómo citar: Alanís Armendáriz, F. M., & Amador Corral, S. R. (2026). La identidad sexual y sus redes de apoyo: familia y ámbito universitario. *Diversia*, 1(2), 78-91. <https://doi.org/10.29105/diversia.v1i2.15>

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo analizar la construcción de la identidad sexual en jóvenes universitarios a partir de una revisión de la literatura. Se aborda la identidad sexual con especial énfasis en el papel de las redes de apoyo como el entorno familiar y el contexto universitario. En cuanto a la metodología, se realizó un análisis documental de carácter descriptivo basado en la revisión sistemática de estudios previos. Los hallazgos sugieren que la construcción de identidades no heterosexuales se encuentra atravesada por procesos de validación, negociación y, en algunos casos, ocultamiento, en función del contexto social en el que se desarrollan los individuos.

Palabras clave: *Identidad sexual, jóvenes universitarios, diversidad sexual, redes de apoyo*

Abstract

This article aims to analyze the construction of sexual identity among university students through a review of literature. It addresses sexual identity with a special emphasis on the role of support networks such as the family environment and the university context. Methodologically, a descriptive documentary analysis was conducted based on a systematic review of previous studies. The findings suggest that the construction of non-heterosexual identities is shaped by processes of validation, negotiation, and, in some cases, concealment, depending on the social context in which individuals develop.

Keywords: *Sexual identity, college students, sexual diversity, support networks*



Introducción

En la actualidad existe una mayor apertura al hablar de la diversidad sexual, de tal forma se han realizado diversos estudios relacionados con la identidad sexual, su análisis académico ha cobrado relevancia debido a los cambios culturales y a la visibilización de diversas formas de expresión de la sexualidad. Se plantea que la identidad sexual no es fija, sino un proceso que se construye y resignifica a lo largo del tiempo a partir de las experiencias, las redes de apoyo y los contextos sociales en los que las personas se desarrollan. En este proceso intervienen no solo aspectos individuales, como el deseo o la autopercepción, sino también culturales, contextuales e institucionales, como el caso de los espacios universitarios, que influyen en la forma en que la sexualidad es vivida, nombrada y experimentada.

La sexualidad ha sido observada desde diversas disciplinas, durante mucho tiempo su estudio se concentró en enfoques médicos, biológicos o psicológicos, dejando en segundo plano las dimensiones sociales, simbólicas y narrativas, es decir, la comprensión y observación desde un enfoque social e interpretativo, por ejemplo, el cómo las experiencias cotidianas, las relaciones familiares e institucionales (ámbitos universitarios) influyen en los procesos de autoidentificación y reconstrucción de la identidad sexual.

De tal modo que, cuando se habla de la construcción de la identidad sexual no heterosexual, por ejemplo, identidades lésbicas, gays y bisexuales, el proceso de autoidentificación en estos casos no se construye bajo lo socialmente aceptado, sino que se negocia constantemente frente a una estructura social que aún se rige por la heteronormatividad. Casal (2011), de acuerdo con sus hallazgos, señala que los sujetos, en su caso mujeres lesbianas, se enfrentan a una realidad heteronormativa, “convirtiendo así al sentimiento lésbico en culpa, tanto por la dificultad de reconocerlo internamente, rompiendo los esquemas y predisposiciones que crecieron junto a ellas en la niñez, como por la incertidumbre que genera enfrentar a los demás” (p.30).

En este sentido, la familia, la escuela y las redes de apoyo no son solo entornos secundarios, sino ejes fundamentales donde la identidad se valida o se reprime. Mientras que una red de apoyo sólida y un entorno familiar comprensivo facilitan la asimilación de la identidad, la persistencia de estigmas puede obligar a los jóvenes a procesos de ocultamiento o reconstrucción de la identidad.

En la juventud, esta dinámica se intensifica, pues se trata de una etapa de transición donde el sentido de pertenencia y la búsqueda de autenticidad son un punto clave, de tal forma que el ámbito universitario, en este contexto se vuelve un escenario de vital importancia, ya que es el espacio donde muchos jóvenes experimentan por primera vez una autonomía relativa frente al núcleo familiar y donde las interacciones con pares permiten nuevas formas de ver y nombrar el deseo.

Ante lo anterior, Arévalo-Pilozo (2018) señala que

Las instituciones de educación superior se entremezclan [con] factores culturales, sociales, psicológicos, filosóficos, ideológicos, históricos, familiares, económicos y políticos. Estos factores nutren la interacción de las dinámicas individuales y grupales, las cuales pueden aportar positiva o negativamente a la convivencia en su interior. Además, tales factores se relacionan con los

aprendizajes que subyacen en la génesis y transformación de comportamientos y actitudes sexuales, los cuales posteriormente se consolidan como fenómenos sociales susceptibles de ser analizados e inclusive transformados cuando se requiere minimizar sus efectos negativos en los individuos afectados (p. 16)

De tal manera, comprender el impacto de estas redes, es decir, redes familiares, académicas y sociales, resulta fundamental para analizar la identidad sexual, particularmente en contextos donde la heteronormatividad sigue dominando.

Por lo anterior, se tiene como fin de realizar una revisión de la literatura con relación con la identidad sexual en jóvenes universitarios, poniendo énfasis en el papel de las redes de apoyo, el entorno familiar y la institución universitaria. Para ello, se lleva a cabo un análisis documental de carácter descriptivo, priorizando investigaciones publicadas en los últimos años en bases de datos académicas, lo que permite identificar dichos aspectos en el estudio del tema.

Sexualidad

Ahora bien, para hablar de sexualidad, y por ende, de identidad sexual, resulta pertinente partir del concepto de sexo. Lampert (2017) lo define como la determinación biológica que clasifica a las personas como hombres o mujeres, a partir de criterios como genitalidad, cromosomas o niveles hormonales. Sin embargo, esta mirada binaria resulta limitada, pues como advierten West y Zimmerman (1987, citados en Lampert, 2017), deja fuera a quienes no encajan en dichas categorías, invisibilizando la diversidad de experiencias corporales y de género.

De tal modo, resulta necesario distinguir entre sexo, género y roles de género. Mientras que el sexo se refiere al conjunto de características biológicas que definen a los seres humanos en categorías como hombres y mujeres (Asociación Mexicana para la Salud Sexual [AMSSAC], (s/f); el género se relaciona con construcciones sociales y culturales que asignan significados, expectativas y normas a lo masculino y lo femenino. De igual forma, Gómez et al. (2020), definen el género como:

Un constructo social y hace referencia a las diferencias entre roles sociales, atributos y comportamientos que las sociedades esperan de los hombres y de las mujeres de su cultura en un momento determinado. En cierta forma se podría considerar como el sexo psicológico (p. 6).

Por su parte, los roles de género aluden a los comportamientos, actitudes y prácticas socialmente esperadas en función de dicha asignación, los cuales influyen en la manera en que las personas viven y expresan su sexualidad. A lo que refiere con roles de género Gómez et al. (2020) señala que estos “son los papeles asignados a hombres y a mujeres por la sociedad en un momento determinado de la historia, condicionando las formas en que las personas expresan socialmente su sentimiento de identidad” (p.6).

Esta distinción permite comprender que la sexualidad no se encuentra determinada únicamente por lo biológico, sino que se configura a partir de procesos sociales e históricos.

Asimismo, un elemento inseparable de la sexualidad es el deseo, entendido no solo como impulso individual sino como una construcción social. Para Fina Sanz (1995, citado en González de León, 2022), el deseo es espontáneo e irracional, pues surge sin control

previo y se expresa en relación con las emociones. Sin embargo, como advierte Ramírez (2015) citado en González de León (2022), reducirlo a lo puramente individual sería insuficiente: el deseo se moviliza y adquiere sentido en función de factores sociales, históricos y culturales, operando como una fuerza afectiva que produce representaciones, imágenes, palabras y certezas sobre el mundo. En este sentido, el deseo no es solo un fenómeno íntimo, sino también un dispositivo que se reproduce y materializa en nuestras prácticas sociales.

Por otra parte, más allá de estas concepciones, el presente estudio retoma como concepto central la sexualidad, entendida como el resultado de la interacción de factores biológicos, psicológicos, socioeconómicos, culturales, éticos e incluso religiosos. La sexualidad no se reduce a la biología, sino al cómo se experimenta y se construye a través de lo que las personas sienten, piensan y hacen en su vida cotidiana (Verduzco & Díaz-Loving, 2010).

En concordancia con esta perspectiva, la Asociación Mexicana para la Salud Sexual (2021) señala que la sexualidad constituye una dimensión fundamental del ser humano que integra elementos como el género, la orientación sexual, el erotismo y los vínculos afectivos, los cuales se manifiestan en pensamientos, deseos, valores y prácticas a lo largo de la vida. Esto refuerza la idea de que la sexualidad no puede entenderse como una categoría estática, sino como una experiencia situada que se construye en interacción con el entorno social.

De igual manera, Arrington et al. (2004, como se citó en Brenes, 2016) señalan que la sexualidad también depende del desarrollo de las personas y de la satisfacción de necesidades humanas fundamentales, como el contacto, la intimidad emocional o el placer, además de necesidades biológicas, comunicativas y sociales. Este enfoque permite reconocer la sexualidad como una experiencia integral que atraviesa tanto la dimensión individual como la colectiva.

Del mismo modo, es relevante considerar la conducta sexual como parte de la expresión de la sexualidad, ante esto Brenes (2016) entiende dicha conducta como el conjunto de manifestaciones que incluyen el flirteo, las técnicas, las prácticas y la frecuencia sexual. Este señalamiento resulta relevante, ya que ubica la sexualidad no solo en la dimensión identitaria, sino también en las formas concretas en la que se ejerce y se experimenta en la vida cotidiana.

Complementario a esto, Álvarez-Gayou (2000, citado en Verduzco & Díaz-Loving, 2010) concibe a la sexualidad como un punto de cruce entre el sexo biológico, el sexo de asignación, los roles sexuales (dimensión social de la expresión) y la identidad sexo-genérica (dimensión psicológica de la autodefinición). Esta propuesta es relevante porque permite visibilizar aquellos aspectos que configuran la sexualidad, entre ellas la identidad sexo-genérica, los roles y la orientación sexual, categorías indispensables para el análisis de este estudio.

Por su parte, Rubio y Velasco (1994, como se citó en Brenes, 2016) proponen que la sexualidad es un sistema de la vida humana compuesto por cuatro “holones”, *el erotismo o búsqueda del placer sexual, la vinculación afectiva, la reproducción y el género*:

El erotismo entendido como la capacidad de sentir placer a través de la respuesta sexual, es decir a través del deseo sexual, la excitación sexual y el orgasmo. La vinculación afectiva comprendida como la capacidad de desarrollar y establecer relaciones interpersonales significativas y el género, que comprende el grado en que se vivencia la pertenencia a las categorías de género. La sexualidad compromete las experiencias de pareja, familia y los vínculos afectivos, así como las relaciones sociales que se establezcan (Brenes, 2016, p. 33)

Desde esta perspectiva, la sexualidad no solo involucra aspectos individuales, sino también experiencias vinculadas a la pareja, la familia y las relaciones sociales. De esta manera, la sexualidad no se entiende únicamente como un conjunto de características biológicas o prácticas aisladas, sino como una dimensión compleja que se configura a partir de la interacción entre factores individuales y sociales. Esta comprensión resulta clave, ya que permite reconocer la forma en que las personas viven su sexualidad y cómo se vinculan directamente con los procesos mediante los cuales se construyen y reconocen a sí mismos. Por lo tanto, abordar la identidad se vuelve fundamental para profundizar en el cómo dichas experiencias se integran en el autoconcepto de los individuos.

Identidad

Resulta evidente que la sexualidad no puede comprenderse únicamente como un conjunto de características biológicas o prácticas aisladas, sino como una dimensión compleja que se construye por medio de la interacción con el entorno social y cultural. Considerando lo anterior, la forma en que las personas experimentan, interpretan y resignifican su sexualidad se encuentra estrechamente vinculada con los procesos de construcción de la identidad. Es decir, la sexualidad no solo se vive, sino que también se integra en la manera en que los individuos se reconocen a sí mismos y se posicionan frente a los demás y su contexto.

Desde esta perspectiva, la identidad puede entenderse como un proceso dinámico de construcción mediante el cual las personas se reconocen a sí mismas en relación con su entorno social, cultural e histórico, es decir, la identidad “se vuelve en un elemento de distinción personal y subjetiva, y a pesar de su carácter individual, esta debe ser reconocida por las otras personas en los diferentes contextos de nuestra vida” (González de León, 2022, p. 80).

De manera complementaria, Seguel-Arriagada y Jiménez-Pérez (2024) plantean que la identidad puede entenderse como una forma de expresión del sexo y el género desde una visión unificadora, en la que se establece una relación entre el sexo asignado al nacer y la expresión de género socialmente reconocida. No obstante, esta relación no

debe entenderse como fija o lineal, sino como un proceso mediado por factores sociales, culturales e históricos que influyen en la manera en que las personas construyen y expresan su identidad.

Por lo que, la identidad, lejos de ser una característica fija, se configura a partir de interacciones, experiencias y significados que se transforman a lo largo del tiempo, ante esto, Gómez et al. (2020) afirma que la identidad “es la forma en que las personas piensan de sí mismas, o se describen a sí mismas ante otras personas. Es un sentimiento de pertenencia y puede cambiar con el tiempo” (p.6).

Asimismo, Giménez (2004, como se citó en Rodríguez Cardozo, 2019) señala que las identidades no pueden desvincularse de los procesos sociales y culturales, ya que se configuran a partir de creencias, valores y constructos ideológicos propios de una cultura y su entorno, los cuales influyen en la asignación de roles y expectativas dentro de la sociedad. Concluye que se ha sostenido que el sexo asignado al nacer debería corresponder con el género socialmente esperado; sin embargo, esta relación no es necesariamente fija, sino que puede ser cuestionada y resignificada a través de sus experiencias y contextos.

Por su parte, Jenkins (2004, como se citó en Rodríguez Cardozo, 2019) plantea que la identidad no se reduce a un ideal social preestablecido, sino que también implica la forma en que las personas se comprenden a sí mismas y se diferencian de los demás.

A partir de lo anterior, la identidad no se limita a una definición individual, sino que se configura en relación constante con el entorno social en el que las personas se desarrollan. Esto implica que su construcción está atravesada por normas, expectativas y experiencias que influyen en la forma en que los individuos se reconocen y se posicionan frente a los demás. Así, más que una condición estable, la identidad se entiende como un proceso en permanente transformación, sujeto a tensiones, ajustes y resignificaciones.

Identidad de género

La identidad no solo se construye en términos generales, sino que se expresa a través de dimensiones específicas que, a través de la experiencia de los individuos en su entorno, su crianza y su dinámica social. Entre estas dimensiones, el género ocupa un lugar importante, ya que introduce un conjunto de significados, normas y expectativas que influyen en la forma en que las personas se perciben y se relacionan, es decir la identidad de género permite comprender cómo los sujetos se reconocen a sí mismos en relación con dichas categorías socialmente construidas.

Ante esto Brenes (2016) y la AMSSAC (s/f) señalan que la identidad de género se define como una construcción interna que varía en el grado en que cada persona se identifica como masculina, femenina o con alguna combinación de ambas. Es decir, se trata de una referencia interna que se configura a través de las experiencias y que permite a los sujetos organizar su autoconcepto y desenvolverse socialmente en función de la percepción que tienen de su propio sexo y género.

De forma que, dichos autores buscan reconocer que la identidad de género no responde a una condición determinada únicamente por lo biológico, sino que se construye a partir de la interacción entre lo individual y lo social, enfatizando el carácter subjetivo de la

identidad vinculándolo con los contextos en los que se desarrolla, lo que abre la posibilidad de comprenderla como un proceso situado y en constante transformación.

Si bien, la identidad de género es clave para comprender cómo las personas se reconocen y se posicionan dentro de categorías de género socialmente construidas, por sí sola no permite abarcar la complejidad de estos procesos. Resulta necesario considerar aspectos como el deseo, la atracción y la forma en que se construyen los vínculos afectivos, ya que estos también intervienen en la manera en que los individuos se identifican y dan sentido a su experiencia. A partir de ello, se vuelve pertinente abordar la identidad sexual como una dimensión que permite profundizar en estas dinámicas y en su relación con los contextos sociales en los que se desarrollan.

Identidad sexual

La identidad sexual constituye una dimensión fundamental en la construcción de sí mismo, ya que se refiere a la manera en que las personas se reconocen en relación con su orientación, el deseo y los vínculos afectivos que establecen. A diferencia de otras categorías, esta no se limita a una definición fija, sino que se configura a partir de experiencias, significados y contextos que influyen en la forma en que los individuos interpretan y nombran su sexualidad (Verduzco & Díaz-Loving, 2010; González de León, 2022) por lo que esta es cambiante. Del mismo modo, Brenes (2016) coincidiendo con Gómez et al. (2020) señalan que la identidad sexual no puede reducirse únicamente a la orientación sexual, sino que implica un proceso más amplio de autodefinición que integra elementos como la atracción, las prácticas, los afectos y las formas de relación.

Esto permite comprender que la identidad sexual no se construye de manera aislada, sino en interacción constante con el entorno social, donde influyen normas, expectativas y representaciones que pueden facilitar o limitar su expresión (Seguel-Arriagada & Jiménez-Pérez, 2024). Desde esta perspectiva, González de León (2022) concuerda con la idea de que la construcción de la identidad sexual se encuentra atravesada por procesos de reconocimiento, validación y, en algunos casos, conflicto. Particularmente en contextos donde predomina la heteronormatividad, las personas pueden enfrentar tensiones al momento de asumirse y expresarse, lo que puede dar lugar a dinámicas de ocultamiento, negociación o resignificación de su identidad. De esta manera, la identidad sexual no solo implica un proceso interno, sino también una experiencia social que se configura en relación con los espacios en los que se desarrolla el individuo.

Siguiendo este enfoque, Gómez et al. (2020) plantean que la identidad sexual se configura a partir de la interacción de múltiples dimensiones, entre ellas el sexo biológico, la identidad de género, los roles y la orientación sexual, las cuales no necesariamente se presentan en la misma proporción. Esta perspectiva permite comprender que la identidad sexual no responde a una estructura fija, sino a una diversidad compleja de elementos que se integran de manera particular en cada individuo.

Por lo anterior, resulta necesario distinguir algunos conceptos que, aunque suelen emplearse de manera indistinta, refieren a dimensiones diferentes de la experiencia sexual. La 'orientación sexual' alude a la dirección de la atracción afectiva, emocional o erótica hacia otras personas, mientras que la identidad sexual implica la manera en que los individuos reconocen, interpretan y nombran dicha experiencia dentro de su

autoconcepto. Por su parte, el término ‘preferencia sexual’ se vincula con gustos o inclinaciones particulares dentro de la vivencia de la sexualidad; no obstante, su uso puede resultar impreciso cuando se emplea como sinónimo de orientación, ya que puede sugerir erróneamente que la atracción es una elección.

De tal modo, Lampert (2017) señala que “la identidad sexual remite a la preferencia sexual de un individuo, a su forma de sentir y a la manera de expresar su género” (p. 2), lo que permite observar cómo distintas dimensiones de la sexualidad tienden a integrarse en la construcción identitaria.

A partir de lo anterior, puede comprenderse que la identidad sexual no se configura de manera única, sino que se expresa de formas diversas según las experiencias y contextos de cada individuo. De este modo, se vuelve pertinente reconocer la diversidad sexual como una categoría analítica que da cuenta a las formas en que las personas viven, experimentan y expresan su sexualidad

Diversidad sexual

La diversidad sexual puede entenderse como el reconocimiento de las distintas formas en que las personas viven, experimentan y expresan su sexualidad, incluyendo dimensiones como la orientación sexual, la identidad de género, la expresión de género y las prácticas afectivo-sexuales. Más que referirse únicamente a identidades no heterosexuales, la diversidad sexual implica una visión amplia que cuestiona la idea de una única forma “normal” o legítima de vivir la sexualidad, evidenciando su carácter histórico, social y culturalmente construido.

Ahora bien, CONAPRED (2016), afirma que la diversidad sexual y de género:

Hace referencia a todas las posibilidades que tienen las personas de asumir, expresar y vivir su sexualidad, así como de asumir expresiones, preferencias u orientaciones e identidades sexuales, se reconoce que todos los cuerpos, deseos y formas de sentir tienen derecho a existir y manifestarse, siempre en el marco del respeto a los derechos de otras personas” (p. 18).

Por lo tanto, se concuerda con la idea de que la sexualidad no puede ser comprendida desde un modelo único o normativo. Hablar de diversidad sexual y, por ende, de identidades sexuales se concluye que pueden manifestarse de diversas formas, entre las que se encuentran la heterosexualidad, la homosexualidad y la bisexualidad.

Ante esto, se vuelve necesario profundizar en cómo estos factores impactan en la identidad sexual, Chávez (2018) retoma la diversidad sexual como aquella capacidad que tienen las personas de sentir una profunda atracción emocional, afectiva y sexual, a una persona de otro sexo (heterosexualidad), de su mismo género (homosexualidad), o de más de un género, así como la capacidad de mantener relaciones íntimas y sexuales con estas personas. Con lo anterior, la diversidad sexual no solo permite visibilizar distintas formas de vivir la sexualidad, sino que también evidencia las tensiones que surgen cuando estas experiencias se desarrollan en contextos atravesados por la heteronormatividad.

Estas identidades no solo describen la dirección del deseo, sino que también influyen en los procesos de construcción identitaria, particularmente en contextos donde la heteronormatividad sigue siendo dominante.

Método

El presente estudio se desarrolló bajo un enfoque cualitativo, ya que resulta pertinente para analizar la identidad sexual en procesos sociales que atraviesan los individuos con una identidad no heterosexual, a través de un análisis interpretativo de literatura, priorizando la relación de las dinámicas familiares e institucionales que influyen en jóvenes universitarios.

Técnica

La investigación se desarrolló mediante una técnica documental de carácter descriptivo, por medio de una recopilación y análisis de fuentes, principalmente artículos científicos, artículos de divulgación, tesis y documentos académicos disponibles en bases de datos académicas y repositorios institucionales.

Procedimiento

La búsqueda de información se llevó a cabo mediante el uso de palabras clave como 'identidad sexual', 'jóvenes universitarios', 'diversidad sexual y redes de apoyo', 'familia', 'identidad sexual no heterosexual'. Se seleccionaron aquellos estudios que abordaran la identidad en contextos sociales, familiares y universitarios, así como aquellos que analizaran experiencias de personas no heterosexuales, así como aquellos que profundizaran en aspectos conceptuales con relación a la sexualidad.

Posteriormente, se realizó una lectura analítica de las fuentes seleccionadas, lo que permitió identificar categorías centrales como sexualidad, identidad, identidad de género, identidad sexual, redes de apoyo, familia, heteronormatividad y procesos de aceptación u ocultamiento. A partir de ello, se organizaron los hallazgos en ejes temáticos que sustentan el desarrollo del presente artículo.

Redes de Apoyo: familia y entorno universitario

Ahora bien, resulta fundamental considerar el papel de las redes de apoyo en la construcción de la identidad sexual, particularmente al hablar de jóvenes con identidades no heterosexuales. Estas redes usualmente conformadas por la familia, amistades, pareja, pares, e incluso entornos institucionales, como lo es la universidad, representan espacios clave donde la identidad puede ser validada, acompañada o, en su defecto, cuestionada y reprimida.

Ante esto, Flores (2007 como se citó en Espinoza, 2020) se afirma que "la familia, las redes entre pares y otras redes de apoyo, aunque no representan por sí mismas al colectivo LGBTQ+, funcionan como soporte emocional para quienes comienzan a reconocerse como diversos sexualmente" (p. 80). En este sentido, la presencia de redes de apoyo sólidas se asocia con procesos de aceptación más favorables, facilitando la expresión de la identidad y el bienestar emocional. Por el contrario, contextos caracterizados por el rechazo, la discriminación o la falta de acompañamiento, pueden generar dinámicas de ocultamiento, conflicto interno y negociación constante de la identidad.

Particularmente en el ámbito universitario, estas redes adquieren un papel relevante, ya que constituyen uno de los principales espacios de socialización durante la juventud, donde los individuos no solo construyen vínculos significativos, sino que también

encuentran oportunidades para explorar, resignificar y expresar su identidad sexual en relación con otros.

Diversos estudios, por ejemplo, el artículo de *Nosotras nos hacemos a nosotras mismas: análisis psicosocial del proceso de construcción de la identidad lésbica y su relación con el espacio público y la vida en sociedad* de Chávez Turello (2019), en los que las redes de apoyo han señalado que el acceso y apropiación de espacios sociales, tanto físicos como simbólicos, resulta clave en el proceso de construcción identitaria, ya que favorece la interacción con pares y el fortalecimiento del soporte emocional:

Su forma de desarrollarse haciendo uso del espacio público es primordial desde los ámbitos social e individual pues es aquello que les permite la expresión abierta de la identidad sexual y genérica por medio del establecimiento de redes de apoyo y soporte emocional con otras personas, inicialmente en espacios de vinculación como los lugares 'de ambiente', pasando también por los espacios de interacción y las redes sociales.

Esta conexión es la que, en primer lugar, fue identificada como alentadora para el proceso de 'salir del clóset' o asumir la identidad o definición como lesbiana ante los demás (amigos, familia, comunidad) y, como consecuencia, en la confianza para desenvolverse y hacer uso de los espacios públicos para la socialización, la articulación de pares y la formación de agrupaciones (Chávez, 2019, p. 51).

Mientras que, Córdova (2011) en su Tesis *Formación de identidad lésbica y prácticas sexuales en mujeres de la Ciudad de México* señala que el proceso de reconocerse como homosexual tiene implicaciones directas en las relaciones sociales más cercanas, particularmente en el ámbito familiar, el cual constituye uno de los primeros espacios de socialización y formación de creencias. En este sentido, el autor destaca que la familia puede convertirse en una red de apoyo fundamental cuando existe apertura y diálogo, facilitando un proceso de reconocimiento menos conflictivo y generando mayores condiciones de seguridad para que los individuos se desenvuelvan en otros contextos sociales. Por el contrario, la ausencia de estas condiciones puede dificultar significativamente dicho proceso.

A diferencia de Chávez Turello (2019) quien enfatiza la importancia de los espacios públicos y las redes de pares en la expresión y consolidación de la identidad, Córdova (2011) pone en evidencia el peso de los entornos privados, particularmente la familia, como base para la aceptación o conflicto en el proceso identitario. En conjunto, ambas perspectivas permiten comprender que la construcción de la identidad sexual no depende de un único espacio, sino de la articulación entre distintos niveles de socialización, donde tanto lo público como lo privado influyen de manera decisiva en la experiencia de los individuos.

Sí bien, otros estudios permiten contrastar esta visión al evidenciar que dichas redes no siempre operan de manera favorable. Zambrano et al. (2019) en el artículo *Proceso de reconocimiento de la orientación sexual homosexual en estudiantes de una universidad pública* identifican que, a lo largo del proceso de reconocimiento de la identidad sexual, persisten dificultades como prejuicios, estereotipos y homofobia, tanto a nivel familiar como social, lo que puede derivar en el ocultamiento de la orientación. Asimismo, reconocen la importancia de las redes de apoyo, en especial la familia y las amistades,

como base fundamental para la aceptación, también señalan que su ausencia o fragilidad incrementa la complejidad del proceso.

No obstante, es relevante considerar que las dificultades que vivencian personas con identidades sexuales no heteronormativas no solo derivan de la ausencia o limitantes en las redes de apoyo, sino también de la presencia de entornos sociales que reproducen activamente dinámicas de discriminación, aislamiento y/o conflicto, ante esto, en el artículo *Homofobia en estudiantes universitarios de México*, Piña y Aguayo (2015) identifican la persistencia de actitudes homofóbicas en estudiantes universitarios, manifestadas a través de prejuicios, rechazo y distanciamiento social hacia personas con orientaciones no heterosexuales. Este hallazgo resulta relevante, ya que evidencia que, incluso en espacios considerados de apertura, como la universidad, continúan operando estructuras heteronormativas que limitan la expresión de la identidad. Más allá de fortalecer las redes de apoyo, se vuelve necesario reconocer que el contexto social en el que estas se desarrollan puede condicionar, e incluso obstaculizar, los procesos de aceptación y visibilización de la identidad sexual.

Por su parte, Contreras y Hernández (2019) señalan que “las redes sociales de apoyo de los jóvenes universitarios se caracterizan por una elevada concentración de los patrones del apoyo en las redes primarias, principalmente en la familia nuclear” (p.55), de forma que la familia no deja de ser un referente central que puede reforzar ciertos valores, creencias y patrones de comportamiento, pero también limita o condiciona la apertura hacia nuevas formas de pensar y vivir estas experiencias dentro del contexto universitario.

En esta perspectiva, Ramírez y Paz (2025) aportan un hallazgo relevante al identificar que las redes de apoyo se observa a “las amistades y parejas [...] como principales figuras de confianza, seguidas por familiares directos. En estas redes la universidad se posiciona como tercera instancia segura, lo cual representa tanto un logro como un desafío para fortalecer esta percepción” (p. 284). Este planteamiento permite ampliar la comprensión de las redes de apoyo al evidenciar que, aunque la familia continúa siendo un referente importante, no siempre ocupa el lugar central en términos de confianza y acompañamiento.

Así mismo, Ramírez y Paz (2025) señala que, en cuanto a lo que refiere a la relevancia de la universidad, esta influye como red de apoyo fundamental a través de aspectos como el:

Fortalecimiento de los espacios universitarios como entornos seguros; el desarrollo de protocolos específicos contra la discriminación y violencia al interior de la universidad, pero también el fortalecimiento de redes de apoyo y la capacitación de la comunidad universitaria en temas de diversidad sexual y de género (p. 284).

De este modo, los autores destacan la idea de que las redes de apoyo no solo dependen de los vínculos interpersonales, sino también de las condiciones institucionales que posibilitan o limitan la expresión y el bienestar de las identidades no heteronormativas.

Conclusiones y consideraciones finales

Los hallazgos presentados a lo largo del presente artículo permiten reconocer que la constitución de la identidad sexual no heterosexual en jóvenes universitarios no ocurre

de manera aislada ni lineal, sino que se encuentra atravesada por una serie de factores sexuales, sociales, familiares e institucionales que pueden facilitar o limitar su expresión.

En este sentido, resulta evidente que las redes de apoyo, particularmente la familia, las amistades, las parejas y el entorno universitario, desempeñan un papel central en los procesos de reconocimiento, aceptación y vivencia de la identidad sexual, especialmente en el caso de identidades no heteronormativas. De forma que se identifica que la presencia de redes de apoyo favorece una aceptación más estable, permitiendo a los individuos expresar su identidad con mayor seguridad y bienestar emocional. Sin embargo, también se evidenció que estas redes no siempre operan de manera favorable, ya que pueden reproducir prejuicios, estereotipos y dinámicas de rechazo que obligan a recurrir a estrategias de ocultamiento o negociación constante de su identidad. Esto pone en evidencia que la existencia de redes de apoyo no garantiza por sí misma condiciones de bienestar, sino que su calidad, apertura y disposición resultan determinantes en la experiencia de los individuos.

Asimismo, se observó que, aunque la familia continúa siendo un referente importante dentro de las redes de apoyo, no siempre ocupa el lugar principal en términos de confianza, ya que, como señalan estudios recientes, las amistades y las parejas suelen posicionarse como figuras centrales en el acompañamiento de los sujetos. En este escenario, la universidad se vuelve un espacio importante como un entorno inclusivo, siempre teniendo en cuenta que todo depende del contexto en el que se desenvuelva dentro de la misma institución. Esto resulta relevante, ya que evidencia que, incluso en espacios asociados con la apertura y el pensamiento crítico, continúan operando estructuras heteronormativas que limitan la libre expresión de la identidad sexual.

Se concluye que la identidad sexual no depende únicamente de procesos individuales, sino de las condiciones sociales e institucionales en las que estos se desarrollan. La persistencia de prácticas discriminatorias y actitudes homofóbicas dentro de los entornos universitarios refleja la necesidad de generar cambios estructurales que vayan más allá del reconocimiento como lugar de diversidad.

En este sentido, se propone fortalecer el papel de las instituciones de educación superior como espacios seguros, mediante la implementación de protocolos claros contra la discriminación y la violencia, así como el desarrollo de estrategias de sensibilización y capacitación dirigidas a toda la comunidad universitaria en temas de diversidad sexual. De igual manera, resulta fundamental promover la consolidación de redes de apoyo incluyentes, que no solo se limiten al ámbito interpersonal, sino que estén respaldadas por políticas institucionales que garanticen el respeto, la visibilización y el bienestar de las personas con identidades no heteronormativas.

Finalmente, es necesario reconocer la construcción de la identidad sexual debe entenderse como un proceso complejo, dinámico y situado, que requiere ser analizado desde una perspectiva que contemple tanto lo individual como lo social. Solo a partir de ello será posible avanzar hacia contextos universitarios más inclusivos, donde la diversidad no solo sea aceptada, sino plenamente reconocida y respetada.

Referencias

- Asociación Mexicana para la Salud Sexual A.C [AMSSAC] (s/f). *Definiciones básicas*. AMSSAC. Recuperado el 8 de enero de 2026. <https://www.amssac.org/biblioteca/definiciones-basicas/>
- Arévalo-Pilozo, J. J. (2018). Estudio de la identidad sexual de los estudiantes de la Universidad Estatal de Milagro. *Más Vita Revista de Ciencias de la Salud*, 1(1), 15-22. <https://acvenisproh.com/revistas/index.php/masvita/article/view/5>
- Brenes Vásquez L. (2016). *Experiencia afectivo-sexual y percepción de la calidad de vida en personas adultas-jóvenes: revisión sistemática y estudio empírico con costarricenses*. Tesis Doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona. <https://www.tdx.cat/handle/10803/381254#page=1>
- Casal, C. (2011). *Construcción de la identidad sexual de las mujeres lesbianas en Santiago de Chile*. Entrega final de Seminario de Grado. Universidad Diego Portales. <https://repositoriobiblioteca.udp.cl/CT0395.pdf>
- Chávez Carapia, J. del C. (2018). Percepción de jóvenes universitarios sobre la diversidad: intervención cultural "UNAM DIVERSX". En Raphael, L. y Segovia, A. (Coords.) *Diversidades: interseccionalidad, cuerpos y territorios* (pp. 173-202). <https://biblio.juridicas.unam.mx/bjv/detalle-libro/5498-diversidades-interseccionalidad-cuerpos-y-territorios>
- Chávez Turello, A. L. (2019). Nosotras nos hacemos a nosotras mismas: análisis psicosocial del proceso de construcción de la identidad lésbica y su relación con el espacio público y la vida en sociedad. *RELIES: Revista del Laboratorio Iberoamericano Para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, 3, 31-55. <https://doi.org/10.46661/relies.4905>
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación [CONAPRED] (2016). *Glosario de la diversidad sexual, de género y características sexuales*. CONAPRED. <https://sindis.conapred.gob.mx/investigaciones/glosario-de-la-diversidad-sexual-de-genero-y-caracteristicas-sexuales/>
- Contreras Tinoco, K. A., & Hernández González, E. (2019). Redes de apoyo familiares y feminización del cuidado de jóvenes estudiantes universitarios. *Redes. Revista Hispana Para El análisis De Redes Sociales*, 30(1), 54-67. <https://doi.org/10.5565/rev/redes.766>
- Córdova Cancino, L. A. (2011). *Formación de identidad lésbica y prácticas sexuales en mujeres de la Ciudad de México*. Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México. <https://repositorio.unam.mx/contenidos/269862>
- Espinoza Romero, M. A. (2020). Estudiantes de educación superior y diversidad sexual: (re)conociendo la experiencia escolar LGBT+ [Tesis doctoral]. Universidad de Sonora. <http://www.repositorioinstitucional.uson.mx/bitstream/20.500.12984/6150/1/espinozaromeromigdelinaandread.pdf>
- Gómez Balaguer M., Hurtado-Murillo F., Modrego Pardo I., Morillas Ariño C. (2020). *Identidad de género e identidad sexual: a veces coincidentes, pero no siempre lo*

mismo. Revista desexología, 9(2). 5-7.

<https://salutsexual.sidastudi.org/es/registro/a53b7fb378a8e080017a136f94b1061a>

González de León, J. (2022). *El sentido de pertenencia de hombres homosexuales, estudiantes de Ciudad Universitaria, como parte de las cultural LGBT+.* Tesis de Maestría. Universidad Nacional Autónoma de México.

<https://repositorio.unam.mx/contenidos/3654824>

Lampert Grassi, M. P. (2017, septiembre). *Evolución del concepto de género: Identidad de género y la orientación sexual.* Asesoría Técnica Parlamentaria. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

https://www.bcn.cl/asesoriasparlamentarias/detalle_documento.html?id=71831

Piña Osorio, J. M., & Aguayo Rousell, H. B. (2015). Homofobia en estudiantes universitarios de México. *Región y sociedad, 27(64), 5-35.*

<https://doi.org/10.22198/rys.2015.64.a309>

Ramírez Morales, M., & Paz Padilla, A. (2025). Construyendo datos, visibilizando realidades: Espacios seguros y diversidad sexual y de género en la Universidad de Guadalajara. *Revista de Estudios de Género la Ventana, 7(1), 265-288.*

<https://doi.org/10.32870/lv.v0i0.8161>

Rodríguez Cardozo, J. L. (2019). Orientación sexual e identidad de género; propuesta pedagógica de reconocimiento e inclusión en el aula. Universidad Autónoma Del Estado De Morelos. En riaa.uaem.mx.

<https://riaa.uaem.mx/xmlui/handle/20.500.12055/530>

Seguel-Arriagada, A., & Jiménez-Pérez, L. (2024). Configuraciones de significado sobre identidad sexual del cuerpo académico de una Universidad del Sur de Chile.

Desde el Sur Revista de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Científica del Sur, 16(4), e0057. <https://doi.org/10.21142/des-1604-2024-0057>

Verduzco, I. L., & Díaz-Loving, R. (2010). *Medición de la identidad sexual en México.*

21(1), 133-154. <https://repsasppr.net/index.php/reps/article/view/187>

Zambrano, C., Hernández, P. & Guerrero, A. (2019). Proceso de reconocimiento de la orientación sexual homosexual en estudiantes de una universidad pública.

Psicogente, 22(41), 1-29. <https://doi.org/10.17081/psico.22.41.3310>